

to indicado para que fuera quien diera direccion al combate.

Rojas manifestó terminantemente en una conferencia que presencié, que él no se sujetaria al general Echegaray, y que si se le esperaba seria sólo para desarmarlo y aprovechar su fuerza en las operaciones militares. Colocados en tal disyuntiva los demas jefes, resolvieron que se pusiera sitio á Colima sin contar con las tropas de Echegaray, pues que habia las suficientes para alcanzar una pronta victoria.

Se detuvo la cabeza de la columna en un rancho llamado el Trapiche, á ménos de una legua de Colima, con objeto de dar lugar á que se estrechasen las distancias de los cuerpos que venian cubriendo la retaguardia. En una tienducha de mala muerte á donde habia entrado yo á tomar un refresco para calmar el calor que me abrasaba, tuve oportunidad de presenciar la más abominable discusion en una junta de guerra improvisada.

Se reunieron allí Rojas, Simon Gutierrez, Rochin, Julio García y algunos otros jefes de cierta graduacion, no en la milicia probablemente sino en el bandlerismo.

—¿Llamamos á los generales Neri y Herrera y Cairo? preguntó Don Julio.

—Para qué! exclamó Rojas, Herrera y Cairo es un borracho y Neri un *panza de adobe*.

No sé lo que querria significar con esto; pero lo cierto fué que no se llamó á estos jefes para que dieran su ilustrada opinion en aquella junta.

## CAPITULO XII.

### CERCO DE COLIMA.

Las operaciones militares, sin embargo, no presentaban tan mal aspecto: lejos de eso, todo inducia á creer que íbamos á dar un golpe seguro. Habiamos sabido en el camino que el general Echegaray estaba en la hacienda de las Trojes con cuatrocientos hombres, que habia salvado en la dispersion de Jiquilpam y á instancias de los que queriamos ver á un jefe entendido de nuestra parte, se le mandaron correos invitándole á incorporarse con nosotros en la hacienda, de la Huerta.

Recibiria ó no los correos, estaria ó no dispuesto á verificar tal incorporacion, el hecho fué que vimos como la mayor calamidd que no se le esperara en el pun-

En seguida se empezó á discutir, no un plan de ataque, sino un proyecto de saqueo.

—Yo quiero el lado de los almacenes, dijo Simon Gutierrez.

—Ese me toca á mí, contestó Rochin indignado.

—Ustedes irán por las huertas, les dijo Rojas para ponerlos en paz, mis muchachos son los que más necesitan remediarse.

—Tú tienes mucho dinero que darles.

—Si; pero no querian venir de los pueblos de Jalisco que son los que ellos conocen, sino despues de haberles ofrecido que se repondrian con los almacenes de Colima.

—Tambien los míos vienen con esa condicion.

—Pues señores, dijo D. Julio Garcia que hasta entonces habia guardado silencio, si se trata de venir á saquear la poblacion es mejor que nos retiremos.

—Miren á Julio como se ha vuelto escrupuloso, exclamó Rojas riéndose á carcajadas.

—Yo soy el gobernador, contestó Garcia con angustia, como queriendo manifestarles con esas palabras cuanto era lo que perjudicarian con el robo su reputacion.

—Eres el gobernador, pero tienes que hacerte disimulado.

—Yo no podré consentir que se roben los almacenes: casi todos los comerciantes son amigos míos y... no, no!

—Vamos á otra cosa, dijo Rojas, ¿quién manda en jefe?

ante esta pregunta todos se quedaron alelados. No

habian previsto que iban á tener necesidad de que no hubiera más que una cabeza. Despues de algunas cuantas palabras dichas por cada uno al azar, rompió Rojas la dificultad diciéndo á D. Julio:

—Tú mandas las caballerias y yo las infanterias.

Agradó á D. Julio la proposicion, puesto que en la caballeria era donde se encontraba el mayor número de bandidos, y creía, que mandándoles él, iba á lograr ponerles en cintura.

Antes de que hubiera una variacion se levantó y me dijo:

—Vámonos, licenciado.

Yo que estaba como petrificado ante todos los denuestos, todas las barbaridades, todas las insolencias, todas las maldiciones, todos los juramentos y todas las infamias que se habian estado mezclando en aquella infernal conversacion, salí de mi entorpecimiento de sentidos, pagué los refrescos que se habian servido, pedí mi caballo, monté con la ligereza propia de mi juventud y en un instante estuve al lado del gobernador que habia arrancado al galope seguido de su escolta y Estado Mayor.

Los mil quinientos caballos que era el número cuando ménos de los que componian nuestra desarreglada caballeria, tardaron algo en seguir el movimiento y esto dió por resultado que inopinadamente nos encontramos en las calles de Colima con enemigo al frente y á nuestra retaguardia. Habia un escuadron cuidando la garita y como nosotros habiamos cortado terreno por los potreros inmediatos á la fábrica de San Cayetano, no fuimos sentidos ni vistos sino por los de

la plaza que empezaron á dispararnos cañonazos. Alarmado el escuadron de la garita tomó la retirada para la plaza, pero se encontró con nosotros y hubo allí que trabar un combate á dos fuegos, en que gracias á la desmoralizacion en que venia el enemigo, alcanzamos la victoria.

El general García que era intrépido como pocos y que conocia el manejo del sable como ninguno, se lanzó sobre el escuadron espada en mano, y él sólo puso á quince dragones fuera de combate. Viendo pelear á D. Juio García le parecia á uno estar presenciando un combate de esos que describen los libros de caballerías, pues que no eran sus hazañas inferiores á las de Orlando el furioso ni á las de Bertenebros y Saladino. Secundado por su escolta y por los oficiales de su Estado Mayor, presto puso en fuga al enemigo y de los doscientos hombres que formaban el escuadron no entraron en la plaza ni veinticinco.

El cuerpo mejor organizado entre nuestra caballería era el de Colima que mandaba el coronel Casimiro Paz: tenia buen uniforme militar y magnífico armamento. Fué el que estuvo más listo para obedecer la orden de marcha y el que llegó primero á nuestro alcance, pero ya sin la oportunidad necesaria para hacer prisioneros á los dispersos del enemigo. El desastre que este sufrió y la aparicion de nuestro mejor cuerpo de caballería infundieron tal pánico á los sitiados, que empezaron á abandonar los fortines y á desbandarse por el lado opuesto; cosas ambas que no supimos sino hasta despues, y que de todos modos no habriamos sabido aprovechar por no haber entre nos-

otros ningun jefe bastante sagaz y bastante inteligente: en realidad siempre hay un momento favorable en los combates que muy pocos jefes saben distinguir. De la misma manera el enemigo estaba perdiendo la oportunidad de batirnos con ventaja, pues que nuestras fuerzas apenas comenzaban á llegar en secciones de caballería y la infanteria venia rezagada de dos leguas.

Hubo otra circunstancia favorable para nosotros que de seguro hubiera aprovechado un militar diestro. El general Oronoz que era el jefe de la plaza estaba á la sazón ausente. Habia tenido que salir para el Manzanillo escoltando una conducta de caudales con la mayor parte de la fuerza que tenia á su disposicion: así es que la plaza estaba desmantelada. Entiendo que no contaba con trescientos hombres. El general Oronoz fué llamado violentamente, y dos horas más tarde que nosotros estaba entrando por el lado opuesto de la ciudad, tal vez á la misma hora en que tomaban posiciones nuestros cuerpos de infantería.

Se ve, pues, que nuestros jefes cometieron una de las faltas más imperdonables en la guerra, pues era claro que deberiamos tener exploradores anticipadamente entre el enemigo que nos estuvieran comunicando sus movimientos, y tambien era claro que ántes de aproximarnos debiamos tener pleno conocimiento de su número, de las posiciones que ocupaba y de las demas circunstancias que ninguno de los nuestros supo tener en cuenta. Pero ¿quién se habia de ocupar de esos pormenores si ninguno mandaba en jefe, si todos dictaban disposiciones, cada uno como le pa-

recia, y si en la generalidad íbamos allí favorecidos por el agrupamiento y como fiados en el acaso más que como un ejército de combate? ¡Ah! si hubiera sido de otra manera, el solo ímpetu de cerca de dos mil caballos lanzados en tan buen terreno como era el llano de San Benito, habria sido bastante á destrozár la columna de 800 hombres de las tres armas que traía el general Oronoz.

He aquí lo que pasó:

Se tomaron posiciones en el lado occidental de la poblacion, pasándose lo noche en horadar algunas manzanas para preparar el ataque. De cuando en cuando habia pequeños tiroteos y de cuando en cuando se nos mandaban algunas granadas de la plaza. El fuego de artillería era contestado con tres cañoncitos de montaña que habia mandado sacar el gobernador de un lugar inmediato en donde los tenia ocultos y que sirvieron para que se perdieran en aquella casion.

Yo me encontraba sumido en la mayor melancolía en un riucon del cuarto, y el doctor, mi compañero inseparable que lo pudo observar, me preguntó:

—¿Qué piensas de todo esto?

—Que no tenemos remedio, le contesté.

—Crees que seremos derrotados?

—Sin género de duda.

—Veo que reina en la tropa el mayor entusiasmo.

—Como siempre. Pero ¿de qué les va á servir el entusiasmo á nuestras tropas cuando no tienen jefes?

Se habia formado un buen cuerpo de infantería que subia ya á 800 plazas, bajo la direccion del coronel

Mora, perteneciente á la brigada de Colima. En este cuerpo estaban fincadas nuestras esperanzas.

—Tú crees que ese cuerpo fallará? me preguntó el doctor.

—De seguro que sabrá combatir; pero.....

—Pero qué?

—Está casi solo! Vienen aquí más ladrones que soldados.

—Es verdad.

—Y esos ladrones que están ya robando en este momento, poco se han de ocupar en batirse.

—Tienes razon, me contestó, y tambien inclinó la cabeza.

Nos llamó á cenar nuestro criado José Maria. La modesta mesa de campaña estaba en el patio de la casa cerca de una fogata. Apenas nos habiamos sentado cuando hizo explosion una granada de las varias que se dirigian á aquel punto, creyéndose que allí estaba el cuartel general.

Un casco de la granada hirió el caballo del doctor, que estaba *persogado* como los otros á lo largo de la pared.

Nuestro criado José Maria acudió inmediatamente á ver lo que habia sucedido. Consagro aquí un recuerdo á tan buen servidor, que murió al dia siguiente á nuestro lado, porque debido á sus cuidados fueron menores las penalidades que sufrimos en nuestra peregrinacion por la costa.

No obstante el desórden que tanto lamentábamos en nuestras filas, los trabajos quedaron muy adelantados en la noche bajo la direccion de Neri y demas

jefes secundarios, los que estuvieron obrando por su propia cuenta. Dieron parte á las cinco de la mañana de que nuestra línea ya no estaba separada de la del enemigo más que por el ancho de una calle en toda su extension, no restando que hacer otra cosa que dar la orden del asalto.

Rojas amaneció enfermo y manifestó que ya no podía encargarse de las operaciones militares. Entónces el general Julio Garcia las tomó á su cargo, teniendo que multiplicarse para atender á mil cosas imprevistas. No era posible dar desde luego la orden del ataque general, porque ni estaban nombradas las columnas ni estaba distribuido el parque, y se señalaron las doce del día.

Se prepararon algunos barriles de vino para dar una racion de armada á toda la tropa, media hora ántes de la designada para el asalto.

A las nueve de la mañana montamos á caballo el doctor y yo, y acompañados de dos oficiales y de nuestros criados nos fuimos por el lado opuesto de la ciudad que estaba descubierto, en busca de nuestras familias.

El general García salió por otro lado con cincuenta hombres á hacer reconocimientos.

Reinaba en todas partes un silencio de muerte.

Los jefes y soldados que habian estado trabajando toda la noche, estaban durmiendo: otros gefes, y estos eran los principales, se habian ido á desayunar á la fábrica de San Cayetano. Los soldados de Simon Gutierrez y Rochin estaban metidos en las casas ha-

ciendo sus fechorías de costumbre, en vez de estar cubriendo los flancos de la infantería.

Aunque no éramos militares el doctor y yo, comprendimos al ver aquello que estábamos perdidos si el enemigo llegaba á apercibirse de nuestra situacion.

Haciendo grandes rodeos para no ser descubiertos por los de la plaza, llegamos á la casa que deseábamos.

Estábamos allí almorzando cuando un amigo vino á decirnos:

—En este momento salen varias columnas de la plaza, y una viene por esta calle.

En el capítulo que sigue se verá si salieron fallidas nuestras predicciones.